

Desde la vulnerabilidad hacia la empatía: La importancia de los círculos de diálogo en la educación

Autor: Schmitz, J¹

Resumen

El artículo destaca la importancia de los círculos de diálogo como herramientas para fomentar la convivencia y la empatía entre los estudiantes. A través de dinámicas que promueven la participación activa, se crea un ambiente seguro donde cada voz es escuchada. La vulnerabilidad de un estudiante, quien enfrenta burlas, permite al grupo reflexionar sobre el impacto de sus acciones. El facilitador juega un papel crucial al guiar el proceso, asegurando que se aborden los conflictos de manera constructiva y apoyando a los estudiantes en su desarrollo personal. Esta experiencia resalta cómo los círculos pueden fortalecer las relaciones interpersonales y desarrollar habilidades para una convivencia armónica.

Summary

The article highlights the importance of dialogue circles as tools to foster coexistence and empathy among students. Through dynamics that promote active participation, a safe environment is created where every voice is heard. The vulnerability of a student who faces mockery allows the group to reflect on the impact of their actions. The facilitator plays a crucial role in guiding the process, ensuring that conflicts are addressed constructively and supporting students in their personal development. This experience underscores how circles can strengthen interpersonal relationships and develop skills for harmonious coexistence.

Palabras clave : *Círculos de Diálogo – Empatía – Convivencia – Facilitador - Vulnerabilidad – Confianza – Relaciones Interpersonales*

Key words: *Dialogue Circles – Empathy – Coexistence – Facilitator – Vulnerability – Trust - Interpersonal Relationships*

¹ Jean Schmitz de nacionalidades belga y peruana es licenciado en ciencias políticas, sociales y económicas de la Universidad Católica de Louvain-la-Neuve (Bélgica); máster en ciencias de las prácticas restaurativas del International Institute for Restaurative Practices (E.E.U.U). Director y docente del postgrado de experto universitario en prácticas restaurativa de la Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA) y de la Escuela Española de Mediación y Resolución de Conflictos. Consultor y formador internacional en justicia y prácticas restaurativas. Más de veinte y cinco años de experiencia con adolescentes y familias en situación de riesgo y vulnerabilidad. Promotor desde 2002 de la justicia restaurativa y prácticas restaurativas en el Perú, y desde 2010, en Latinoamérica y España. Ha colaborado con varias instituciones y organismos públicos y privados de múltiples países, formando en prácticas restaurativas a miles de profesionales.

Desde hace más de una década, me he dedicado a promover las prácticas restaurativas, formando, acompañando y asesorando a profesionales en la implementación de estos procesos, especialmente en América Latina.

He tenido la oportunidad de preparar y facilitar círculos restaurativos y conferencias restaurativas en una variedad de contextos, incluyendo el ámbito educativo, comunitario, laboral, penal y penitenciario. Esto me ha permitido trabajar con personas de diversos antecedentes y perfiles, tales como estudiantes, padres y madres de familia, personas privadas de libertad, operadores jurídicos y sociales, y grupos minoritarios, entre otros.

Un círculo es un espacio saludable y seguro donde las personas pueden expresar y compartir libremente sus pensamientos, sentimientos, necesidades, expectativas e incluso sus sueños. Los círculos restaurativos brindan una valiosa oportunidad para construir y mantener conexiones significativas. Son una excelente herramienta para forjar relaciones interpersonales saludables y abordar temas de interés, así como tensiones, problemas o conflictos que afectan las relaciones dentro de un grupo o comunidad.

Antes de facilitar un círculo, suelo recordar las palabras de Kay Pranis, una reconocida facilitadora estadounidense y autora de varios libros, quien humildemente señala que «la persona a cargo de facilitar un círculo deja de ser la única poseedora del conocimiento y se convierte en una acompañante del aprendizaje». El facilitador es un integrante más dentro del círculo que continúa aprendiendo y creciendo. Cada círculo brinda la oportunidad de cuestionar su propia práctica y experimentar el poder del diálogo y la escucha activa.

Hace unos años en España, recuerdo un círculo con un grupo de estudiantes de entre 14 y 15 años que me sorprendió y me enseñó valiosas lecciones. Al iniciar el círculo, percibí en el grupo una mezcla de curiosidad e inquietud, probablemente debido a que no tenían la menor idea de qué trataba esta primera experiencia.

Mi propósito era revelar al estudiantado el potencial que encierra el proceso del círculo, así como evidenciar su poder, magia e influencia positiva en las relaciones interpersonales. Cada vez que un grupo participa por primera vez en un círculo, mis objetivos son siempre los mismos: fomentar que se conozcan mejor, crear vínculos afectivos entre ellos y descubrir juntos el poder del círculo a través de su participación.

Al iniciar aquel círculo, pregunté al grupo si se conocían bien entre sí. La mayoría de los estudiantes respondió afirmativamente. Decidí insistir y preguntarles nuevamente si realmente se conocían muy bien. Evidentemente, no todos se conocían de la misma manera. Fue entonces cuando les pregunté si me conocían a mí. Nadie sabía quién era ni conocía la razón de mi presencia en esta sesión a la que habían sido invitados sorpresivamente.

Lo primero que pregunté al grupo es que se presentará cada uno diciendo su nombre y cuantos años llevaba en el centro educativo. Luego de esta primera y breve ronda, busqué

crear una buena conexión con ellos desde el inicio, presentándome de manera informal y divertida, compartiendo tres cosas peculiares sobre mí que supuestamente nadie conocía. Les aclaré que, de esas tres afirmaciones, solo dos serían verdaderas y una falsa, y tendrían que descubrir cuál era la ficticia. Este divertido inicio contribuyó a que me conectara rápidamente con el estudiantado, estimulando su curiosidad y promoviendo su participación espontánea.

Luego, propuse a tres estudiantes voluntarios que hicieran lo mismo para que pudiéramos conocernos mejor. No me sorprendió ver a varios levantar la mano para participar en la actividad, incluso sin tener previamente en mente las tres cosas sobre sí mismos que iban a compartir. Muchos quisieron participar. Fue así de simple; a través de esta dinámica, pude demostrarles que siempre podemos aprender algo nuevo de un compañero o compañera de clase.

Una vez creado el entorno de confianza, formulé algunas preguntas sencillas, una a la vez, esperando que cada integrante del círculo pudiera dar su respuesta. Para favorecer la comunicación entre los adolescentes, suelo presentar un objeto de diálogo que me ayuda a facilitar el círculo. Este objeto señala que quien lo sostiene en su mano tiene la potestad de hablar, mientras que los demás prestan atención a lo que se dice. El objeto va girando en el círculo, pasando de mano en mano y brindando a cada persona la oportunidad de compartir su respuesta de manera voluntaria y sin interrupciones (en esa ocasión, el objeto fue una rana de lana).

La primera pregunta que propuse al grupo fue que compartieran un lugar que les gustaría conocer o volver a visitar, explicando el motivo de su selección. La primera en responder fue una alumna que, con el objeto en mano, dijo: "Quisiera conocer Francia, especialmente París, pues es un lugar maravilloso que he visto en películas, además, me encanta escuchar el francés." Luego, pasó el objeto a su compañero, quien mencionó Italia, donde vive parte de su familia. Así, el objeto giraba de mano en mano, brindando a cada estudiante la oportunidad de responder, ya sea de forma breve o detallada.

De repente, al recibir el objeto de diálogo, Raúl (nombre ficticio del estudiante) lanzó una mirada nerviosa a sus compañeros antes de responder, tartamudeando con dificultad. Con palabras entrecortadas, mencionó que le gustaría volver a la Costa del Sol, donde ... y de repente, se quedó en silencio al observar a dos alumnos frente a él que conversaban en voz baja y se reían sarcásticamente, dirigiendo sus miradas hacia él. Con evidente incomodidad, Raúl continuó balbuceando antes de pasar el objeto a la persona a su lado. Esta situación me generó incomodidad y molestia. Inmediatamente, dirigí una mirada seria a los dos estudiantes para expresarles mi descontento por su falta de respeto, pero ellos no me prestaron atención o simplemente ignoraron mi presencia. A partir de ese momento, me resultó difícil concentrarme en los comentarios de los demás estudiantes, ya que mi

mente estaba más centrada en cómo reaccionar ante lo ocurrido y en cómo manejar una posible repetición durante la siguiente ronda.

En la segunda ronda de preguntas, Raúl fue el tercero en responder, nuevamente balbuceando y evitando la mirada de sus dos compañeros de aula, quienes, una vez más, se rieron de él como en la ronda anterior, atrayendo esta vez la atención de varios estudiantes. La situación se estaba volviendo muy tóxica. Era imprescindible intervenir de manera firme y directa con esos estudiantes. Me sentía frustrado y dolido y me resultaba imposible continuar escuchando las respuestas de los demás. Era el momento de rechazar este comportamiento agresivo e hiriente hacia Raúl.

Y justo cuando iba a dirigirme a esos dos alumnos, Raúl, furioso y explosivo, lanzó la rana que aún tenía en la mano al centro del círculo, gritando un “¡Ya basta!” mientras miraba fríamente a los dos muchachos. Sin tartamudear esta vez, les dijo: “Estoy harto de que se burlen de mí cuando hablo. ¡Ya no más!”

Con la inesperada intervención de Raúl, no tuve tiempo de detener la dinámica del círculo para señalar a esos dos estudiantes que había observado por segunda vez sus sonrisas y murmullos mientras Raúl respondía a la pregunta, y que me gustaría que explicaran ante el grupo el motivo de su risa.

Nadie en el círculo esperaba este tipo de intervención por parte de Raúl. Todos nos quedamos sorprendidos y en silencio durante unos segundos, especialmente los dos niños involucrados, que permanecieron inmóviles, con la mirada dirigida al suelo y los hombros encogidos en señal de vergüenza; parecían completamente congelados.

Enseguida, tomé la palabra, dirigiendo primero mi mirada hacia los dos estudiantes involucrados y luego al grupo. Les pregunté: “¿Cómo se sentirían si alguien se burlase de ustedes cuando dijese o hiciese algo? ¿Cómo creen que reaccionarían?” Ninguno de los estudiantes se atrevió a responder en ese momento. Luego, le pregunté a Raúl cómo se estaba sintiendo con respecto a lo ocurrido. Raúl se quedó mirándome en silencio unos segundos y respondió con calma, dirigiéndose directamente a los dos estudiantes que parecían aún paralizados: “Me siento mal; estoy enfadado, pues es injusto que me traten así. Quisiera hablar como todos vosotros, y que comprendan... que me acepten... pero a veces no puedo, a pesar de que los conozco bien”.

Dirigiéndome a Raúl, le expresé que me dolía verlo frustrado y afligido, y lo felicité por haber comunicado claramente sus sentimientos y su necesidad de aceptación. Además, mencioné al grupo que el hecho de que Raúl pudiera compartir su tristeza y dolor ante ellos posiblemente contribuyó a fomentar empatía y a incrementar la conciencia sobre cómo ciertos comportamientos pueden ser dañinos, subrayando la importancia de respetar a cada persona.

Apenas terminé de decir esto, una alumna intervino y se dirigió a Raúl: “Te felicito también, Raúl; está muy bien que les hayas dicho cómo te sientes. No está bien burlarse de esa manera”. Luego, comenzó a aplaudirlo. Sus aplausos se extendieron a todo el grupo, incluidos los dos alumnos involucrados en la agresión, aunque con discreción.

Luego, consideré que no era el momento adecuado para profundizar en ese incidente; sin embargo, para no dejar el tema sin resolver, propuse a los dos estudiantes y a Raúl tener una breve conversación al finalizar la sesión, a lo que los tres accedieron.

Necesitaba cerrar el círculo de manera positiva, por ello, invité a cada integrante a compartir un aspecto positivo de la persona sentada a su izquierda, refiriéndome a una virtud, destreza o talento que poseía. Subrayé la importancia de que sus intervenciones fueran serias y sinceras. Cada uno intervino de manera responsable y respetuosa, lo que generó gestos y palabras de agrado al escuchar los diversos elogios.

Terminé la sesión expresando mi agradecimiento por haberme dado la oportunidad de realizar este círculo, con la esperanza de haber creado un clima de bienestar a pesar de la tensión que surgió en algún momento, que considero más como una oportunidad de aprendizaje,

Fuera del círculo, conversé, en primer lugar, con los dos estudiantes para preguntarles cómo se sentían ahora y qué pensaban hacer para cerrar este incidente. Casi al unísono, respondieron que se habían equivocado y que su comportamiento estuvo mal; aseguraron que no lo iban a repetir. Con tranquilidad y afecto, les dije que no era a mí a quien tenían que dirigirse, y que confiaba en que ellos mismos sabrían qué hacer para que las cosas quedaran bien.

En el patio, donde Raúl me esperaba, le volví a felicitar por haber expresado sus sentimientos y puesto límites. Le dije que estaba muy orgulloso de su intervención y que esta había sido una gran lección no solo para sus dos compañeros de clase, sino para todo el grupo.

Después de nuestras conversaciones individuales, nos sentamos los cuatro juntos para reflexionar sobre lo sucedido. Este momento de diálogo fue fundamental para evaluar cómo reparar los daños y restaurar las relaciones entre ellos. Hablamos sobre la importancia de asumir la responsabilidad por sus acciones y de cómo pueden trabajar juntos para promover relaciones respetuosas y solidarias entre ellos.

De esta experiencia, pude sacar unas conclusiones:

Validez de los espacios seguro: Un verdadero círculo de diálogo debe ser un espacio seguro donde sus integrantes pueden expresar sus pensamientos, emociones y experiencias sin miedo a ser juzgados. Esto es fundamental para crear un ambiente de confianza que fomente la apertura y la vulnerabilidad. En un entorno donde cada voz cuenta, se potencia no solo la individualidad, sino también el sentido de comunidad.

Habilidades para manejar conflictos: La dinámica del círculo permitió evidenciar que los estudiantes son capaces de enfrentar y gestionar sus propios conflictos, pero requieren el apoyo adecuado para hacerlo. Cuando se les proporciona un marco estructurado que fomenta la escucha activa y la empatía, se sienten más dispuestos a abordar y resolver los conflictos de manera constructiva. En el caso de Raúl, su intervención al expresar su frustración mostró que, en un entorno seguro y de apoyo, sus compañeros pueden asumir un papel activo en la defensa de su dignidad y en el establecimiento de límites saludables.

La importancia de la intervención y la neutralidad : Esta experiencia subrayó la necesidad de que, como facilitador, me mantenga alerta y dispuesto a intervenir en caso de comportamientos ofensivos o despectivos. Permanecer neutral puede perpetuar situaciones de violencia y exclusión.

En este caso, tuve que mostrar que la persona facilitadora no puede ser siempre neutral, ya que existen ciertas situaciones que exigen romper este principio. En un artículo sobre este tema, Elie Wiesel² resalta que la no neutralidad significa que todas las voces nos importan lo suficiente como para que, si veo u oigo durante un círculo un desequilibrio de poder, un comentario o un comportamiento opresivo hacia una persona o un grupo, es mi obligación salir inmediatamente en defensa de esa persona o grupo. Es necesario actuar con compasión y rapidez hacia las personas que, intencionadamente o por ignorancia, han mostrado un sesgo o una acción opresiva. No se puede permanecer neutral ante una acción que puede perjudicar a los demás, pues nadie en el círculo debe verse afectado. Quedarse de brazos cruzados ante un acto de opresión sería como tomar partido a favor del opresor. Morrison (2007) resalta que los facilitadores deben reconocer cuándo la neutralidad puede ser perjudicial para el proceso.

Siguiendo con el tema de la no neutralidad, Farah Shahed³, ofrece una perspectiva interesante sobre el papel del facilitador. Ella señala que no se trata de empujar a las personas hacia donde uno quiere que vayan, sino de impulsarlas a enfrentar aquello que les da miedo. Es posible que, ante la opresión, algunos estudiantes no deseen abordar esos temas, mientras que otros pueden estar esperando que la situación sea tratada. El facilitador no debe inclinarse ni tomar partido por el opresor o la víctima; su objetivo es

² Elie Wiesel, reconocido por su trabajo en defensa de los derechos humanos y por su contribución a la memoria del Holocausto, aborda temas de no neutralidad y responsabilidad moral en varios de sus escritos. Aunque no se centra específicamente en la facilitación de círculos de diálogo, sus conceptos sobre la responsabilidad humana y la defensa de los oprimidos son relevantes en este contexto. La filosofía de Wiesel sobre la importancia de hablar y actuar frente a la injusticia se alinea perfectamente con la idea de que un facilitador no puede permanecer neutral ante situaciones de opresión y maltrato.

³ Farah Shahed, de la India, ha trabajado en temas relacionados con la facilitación, la mediación y la no neutralidad en contextos de conflicto. En su artículo "Bridging the Divide: The Role of Neutrality in Facilitation.", Shahed explora la dinámica entre la neutralidad y la intervención en el proceso de facilitación y mediación, reflexionando sobre el papel de los facilitadores en el abordaje de situaciones delicadas.

comprender el impacto de las acciones en una persona o en un grupo. Su función es guiar al grupo para que descubra lo que ha ocurrido y darle sentido a la experiencia, fomentando la conciencia individual, la responsabilidad y el proceso de sanación.

Según la visión de Grace Tan⁴, el papel del facilitador es velar por la dinámica del grupo. Esto implica equilibrar el poder y crear condiciones que aseguren que todas las voces sean escuchadas adecuadamente. El facilitador debe ser capaz de identificar aspectos importantes que el grupo puede no percibir. Cuando esto sucede, es su responsabilidad encontrar la forma de compartir esa información de manera que ayude al grupo a avanzar. Esto es lo que intentaba hacer cuando, de repente, intervino Raúl. Personalmente, creo que mi intervención debió haber ocurrido antes, en el momento en que observé a los dos niños riendo y comentando en voz baja sobre la participación de Raúl. Es probable que Raúl sintiera la necesidad de intervenir porque yo no lo hice en su momento.

Por ejemplo, podría haber dicho a los dos estudiantes antes de que Raúl interviniera: "Chicos, he notado en sus rostros que se ríen cuando le toca a Raúl hablar. Me intriga lo que estaban comentando en ese momento, ¿estarían dispuestos a compartir lo que estaban hablando entre ustedes?" Después, me habría dirigido a Raúl y le habría preguntado: "Raúl, ¿qué pensaste cuando viste a tus dos compañeros sonreír y hablar entre ellos en voz baja mientras respondías a la pregunta? ¿Cómo te sentiste al tener dificultades para terminar lo que ibas a decir?"

Desarrollo de la empatía y la conciencia: A través de la vulnerabilidad que mostró Raúl, los demás estudiantes tuvieron la oportunidad de reflexionar sobre el impacto de sus acciones. Los momentos de confrontación y la capacidad de Raúl para expresar su molestia y dolor se convirtieron en un poderoso catalizador para fomentar la empatía entre todos. Este aprendizaje no solo benefició a los dos estudiantes involucrados, sino que también contribuyó a la cohesión del grupo y al entendimiento recíproco.

Construcción de relaciones significativas: Finalmente, el círculo de diálogo demostró que, a través de interacciones empáticas y respetuosas, se pueden forjar relaciones más profundas y significativas. La dinámica de compartir experiencias personales y reconocer las cualidades de los demás fomenta un sentido de comunidad, algo que resulta fundamental en contextos escolares y en la vida en general. Este fortalecimiento de la

⁴ Grace Tan es reconocida por su trabajo en facilitación de diálogos y dinámicas grupales. En su artículo "Facilitating Dialogue: The Role of the Facilitator", Tan discute la importancia de la facilitación en la creación de espacios de comunicación efectivos, así como el papel del facilitador en el manejo de las dinámicas grupales. En su manual "The Power of Dialogue: A Facilitator's Handbook", Tan proporciona herramientas y estrategias para facilitadores, enfocándose en cómo crear un ambiente de confianza y participación, y aborda cómo el facilitador puede intervenir en las dinámicas de grupo para asegurar que todas las voces se escuchen.

comunidad puede ayudar a prevenir conflictos futuros y promover una convivencia más armoniosa.

En conclusión, esta experiencia subraya la relevancia de los círculos de diálogo como una herramienta poderosa para formar estudiantes más empáticos y responsables. Al dar voz a cada participante, les brindamos la oportunidad de expresarse y compartir sus pensamientos y sentimientos en un ambiente de respeto y aceptación.

La creación de un clima de confianza es fundamental en este proceso, ya que permite que los estudiantes se sientan seguros para conversar libremente y expresar vulnerabilidades sin temor a ser juzgados. Esta confianza no solo fomenta la apertura, sino que también ayuda a cultivar un sentido de pertenencia y comunidad dentro del grupo.

Además de abordar conflictos de manera constructiva, los círculos de diálogo desarrollan habilidades esenciales para la convivencia armónica en la sociedad. A través de estas interacciones, los estudiantes aprenden la importancia de la escucha activa, la empatía y el respeto por las diferencias, habilidades que son cruciales no solo en el entorno escolar, sino también en su vida personal y profesional futura.

En última instancia, los círculos de diálogo no solo transforman la forma en que los estudiantes se relacionan entre sí, sino que también contribuyen a formar ciudadanos más conscientes y comprometidos, capaces de contribuir positivamente a su entorno social.

Referencias

Morrison, B. (2007). Restorative justice and school discipline: Mutually exclusive? *Journal of Educational Psychology*, 103 (4), 75-93.

Pranis, K. (2005). *The circle way: A leader in every chair*. National Book Network.

Tan, G. (2015). Facilitating dialogue: The role of the facilitator in creating meaningful conversations. *Journal of Conflict Resolution*, 59 (6), 1075-1091.